

y cerró la puerta con estrépito. Cuanto á Eduardo, se salió diciendo para sus adentros:

—Ya está. ¡Y todavía hay quien niega á la Providencia!

Eran poco más ó menos las cuatro. Eduardo alquiló un coche y se volvió á su casa, al llegar á la cual el portero le entregó una carta que rezaba lo que va de seguida:

«He oído hablar de un hombre que al siguiente día de haber advertido que la mujer á quien amaba vivía enfrente de su casa, había hallado medio de echar un puente sobre las dos ventanas para reunirse á ella á media noche.

»Cierto es, empero, que aquel era hombre en quien competían el ingenio, el valor y la pasión.»

Además de la transcrita carta, Eduardo recibió otra de Edmundo, en la que éste le decía que á las cinco le aguardaría delante del café de París.

CAPITULO V

A cara descubierta

Eduardo se subió á su habitación. Tratábase de medir la distancia que separaba las dos ventanas, y, como decía la carta, de echar un puente. El empeño no era de tan fácil ejecución como á primera vista parecía, tanto menos cuando sólo podían tomarse medidas aproximadas. Con todo, como no había tiempo que perder, aquél calculó con la mayor exactitud que le fué posible, se bajó de nuevo á la calle, entró en el primer taller de carpintería que halló al paso, y dijo que para el día siguiente necesitaba una tabla de un pie de anchura por diez de longitud y gruesa de tres pulgadas; luego dió las señas de su domicilio, satisfizo el importe y se marchó.

A las cinco Eduardo se reunió á su amigo Edmundo, que le estaba aguardando en el bulevar, y á quien preguntó:

—¿Qué novedades ocurren?

—Nada de particular.

—¿Has recibido contestación á tu carta?

—Sí, ahí está.

Eduardo leyó lo siguiente:

«¿Por quién me toma V., caballero?

Es V. un *nesio*.

«LEONOR.»

Eduardo no pudo menos de reirse.

—¿Qué te parece?—preguntó Edmundo.

—Que no es muy alentadora la contestación.

—Pero hombre, tú que conoces á tantas mujeres ¿por qué no me pones en relación con una?

—¿Sigues vacante?

—Como siempre—respondió Edmundo, quien pronunció esta última palabra con acento de tristeza indecible.

—Pues bien, voy á hacerte conocer una.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Rubia?

—Rubia.

—¿Decente?

—Hasta allí, pero muy sensible.

—¿Vas á presentarme tú mismo?

—No, irás solo.

—Me tirará la puerta por los hocicos.

—Le llevarás algo de mi parte, pues necesito hacerla un regalo ú otro. Por lo tanto tú puedes aprovecharte del buen humor que esto la proporcione.

Eduardo entró en casa de Marcé y escogió una pulsera, á la que añadió la siguiente carta:

«Mi querida María: olvida que ayer mi corazón era todavía tuyo, y recuerda solamente que en adelante seré para tí un amigo leal y sincero.

«Consiente que ofrezca esta pulsera á tu brazo derecho, y si éste la rehusa, que la ofrezca al izquierdo.

«El portador de la presente es uno de mis mejores amigos y quisiera poder contarse entre los tuyos».

—Ahora—continuó Eduardo—lleva esto á la señorita María, calle de Vivienne, número 49.

Edmundo desapareció como el ángel de la Visitación.

Por lo que respecta á Eduardo, no sabiendo cómo emplear la velada, se recogió muy temprano, estudió de nuevo el terreno, meditó largamente sobre lo que le estaba aconteciendo, y se durmió.

A la mañana siguiente le despertó el carpintero, que le llevaba la tabla. El buen hombre, que sentía picada grandemente su curiosidad, tenía empeño en saber qué destino podía darse á una tabla de diez pies de longitud en una habitación tan reducida. Sólo hallaba la explicación en un amor exagerado por la madera y en la necesidad que sentía el comprador de tener siempre á la mano un depósito de ella. Así pues, no pudiendo contenerse, preguntó dónde había que colocar la tabla.

—En el cuarto tocador.

—¿Cómo hay que colocarla?

—Derecha, arrimada á la pared.

—Si V. quisiera decirme para qué la quiere, podríamos colocarla en seguida, Si es para poner en ella objetos pesados, —porque es menester que lo sean para

que V. la haya encargado tan gruesa, —colocando debajo de ella algunos fuertes apoyos...

—No, ya lo arreglaré yo; es para hacer un juego chinesco.

El carpintero se salió y á poco entró Edmundo.

—¿Qué nuevas traes?—le preguntó Eduardo.

—Que tu amiga no me ha recibido muy bien que digamos.

—¿Qué te ha dicho?

—Casi nada; me ha entregado esta carta para tí.

Eduardo la tomó, abrióla, y vió que decía así:

«Mi querido Eduardo: Te agradezco el envío de la pulsera, pero cuando quieras que tus presentes sean gratos, no me los envíes por conducto de embajadores tan insolentemente necios como tu amigo...»

—¿Habla de mí?—preguntó Edmundo

—Ni una palabra; son asuntos particulares.

—Hoy iré de nuevo á verla.

—Como quieras.

El día transcurrió como todos aquellos al fin de los cuales debe hacerse algo más importante que la víspera, que es lo mismo que decir que Eduardo no sustentaba sino un pensamiento y que todos aquellos amigos suyos con quienes se encontraba pasaban ante él como sombras, sin que su espíritu conservase de ellos el más leve recuerdo.

Las cortinas de la ventana vecina permanecieron inviolablemente cerradas y aún momentos hubo en que Eduardo creía haber soñado y no sabía qué hacer.

Los minutereros del péndulo que, según toda probabilidad, debían de andar tan deprisa á partir de media noche, para llegar á ella marchaban con lentitud desesperadora.

Una de las singularidades del hombre es querer, cuando aguarda con impaciencia la llegada de una hora, que el tiempo corra más veloz que el pensamiento. Así es que Eduardo, después de pasearse por su aposento, rehaciendo en su mente los principios del lance en que estaba metido, representándose todas

las consecuencias que éste pudiera acarrearle, y de soñar en un mundo desconocido, quedaba como pasmado al ver que sólo había empleado cinco minutos en sus divagaciones.

Con todo, por lentamente que parezca que ande el tiempo, la hora deseada llega; pero entonces sucede un fenómeno por demás extraño, y es que una vez ha sonado, todo cuanto indiferente hemos hecho se nos borra de la imaginación y se nos antoja que aquélla ha llegado con sobrada presteza.

Sonó lo media noche.

Eduardo se puso al acecho detrás de su ventana para ver si percibiría en la de su hermosa vecina algún movimiento que le volviese á la realidad.

Transcurridos dos ó tres minutos vió como se levantaban imperceptiblemente las cortinas, y cual si no hubiese aguardado sino esta señal, el corazón empezó á latirle con violencia.

Eduardo abrió de par en par su ventana, y la otra respondió abriéndose también de par en par.

La oscuridad era completa.

Eduardo fué por la tabla; pero como ésta era muy pesada, la colocación de semejante monumento entre las dos casas ofrecía serias dificultades.

—¡Si por desgracia fuese demasiado corta!—pensó Eduardo.

Y mientras el joven se hacía las reflexiones que inspiraban las circunstancias, acercó su puente y observó si alguno podía verle. Seguro ya de que todos los vecinos de la casa estaban durmiendo, como dormía la naturaleza, desde Neptuno hasta el portero, empezó á hacer deslizar por encima del precipicio, apoyándola en el reborde de la ventana, la famosa tabla, hasta que hubo hallado apoyo en la ventana vecina.

Para llevar á cabo esta maniobra, Eduardo sudó sangre; hábale sido menester apoyarse en la parte de la tabla que estaba sujetando entre las manos, para que no se le escapase y, como una flecha, no fuese á dar contra las ventanas de abajo y despertase á todo el mundo. Aparte de que semejante torpeza le hubiera hecho perder todos los beneficios de su aventura, tal caída no habría teni-

do excusa á los ojos de los vecinos; por que por estupendas y excéntricas que sean las costumbres de un inquilino, éste no puede dar á entender que lleguen hasta arrojar, pasada ya media noche, tablas de diez pies de longitud y gruesas de dos pulgadas contra las ventanas de las casas. A mi ver, en este caso, Eduardo sólo hubiera hallado apoyo en los vidrieros.

Hay que confesar, para ser verídicos, que el temor de romperse la nuca corría parejas con la emoción que nuestro don Juan experimentó cuando puso los pies en la tabla.

Eduardo, como es de suponer, no permaneció en pie sobre el movedizo puente más que el tiempo estrictamente indispensable; rápidamente se puso á caballo de la tabla, que por robusta que fuese no dejaba de tener cierta elasticidad de trampolín, que si es muy agradable en un gimnasio, maldito lo que de tal tiene á la altura de cuatro pisos.

Como Eduardo no podía retroceder, fué avanzando con un lujo de precaucio-

nes que demostraban el aprecio en que estimaba su existencia.

Ya en medio de la tabla, el angustiado mozo pensó en María y se dijo que más preferiría su virtud de lance, que siempre y cuando le venía en mientes la hallaba al cabo de ochenta escalones, á aquella otra flamante virtud con quien iba á encontrarse, si por un camino más corto, más erizado de peligros y que le obligaba á entregarse á un ejercicio que debía ponerle en el ridículo más grande.

Por fin tocó el borde opuesto y no pudo ahogar un *juf!* en el que había más alegría de haber llegado sano y salvo que dicha de ver á su querida.

Apenas Eduardo se hubo puesto á horcajadas sobre la ventana, cuando oyó la seductiva voz del baile, que le decía:

—Retire V. la tabla.

—Vaya una bromita,—dijo para su capote el joven, mientras tiraba del puente;—esto no es un amor, sino mudarse de casa.

El aposento en que se encontró estaba completamente á oscuras, tanto, que

él se estaba allí, abrazado al duro madero, sin saber dónde colocarlo.

A ser de día y á haber podido ver la facha que hacía, Eduardo se hubiera arrojado incontinentemente por la ventana, escapando de esta suerte del ridículo llevando á ejecución un acto terrible.

—¿Dónde puede colocarse esta tabla?

—se arriesgó á preguntar el joven, al notar el silencio que reinaba á su derredor.

Entonces sintió una mano que le guiaba en medio de las tinieblas, y al encontrarse con la pared confió á ésta lo que una ó dos horas después habría para él de más caro en el mundo. Luego continuó siguiendo la mano que le asiera, la cual le atrajo y le hizo sentar en un confidente; empezando entonces, en medio de las sombras más densas, este diálogo histórico:

—¿Está V. dispuesto á cumplir sus promesas?

—Sí.

—¿Sabe V. cuánto arriesgo al recibirle aquí?

—¿Y V.: sabe á qué me expongo yo viniendo?

—Yo puedo manchar mi fama.

—Y yo romperme la nuca.

—¿Qué vale la vida?

—Dispense V.: si V. no tiene apego á ella, no haga que á ella pierdan el gusto los demás.

—Ya le dije á V. que para verme había que vencer diariamente un peligro. Tiempo es todavía; si no me ama V. lo bastante para exponerse á él, vuélvase usted y olvideme como yo le olvidaré.

—¡Oh! sí, la amo á V.,—contestó Eduardo asiendo las manos de su interlocutora.

—Mi conducta debe parecerle á V. enigmática; pero ya le dije que yo no era como las demás mujeres. Si para amante le quiero á V., para marido le odiaría. Sólo el imaginar que una persona habría recibido de un poder superior al mío el derecho de impedirme ser libre, sería para mí un tormento eterno. Usted es mi amor primero; pero no le digo que sea el último. No he amado nunca ni sé cuánto tiempo dura el amor; pero tan buen punto deje de quererle á V. como yo le quiero, los dos quedaremos libres.

En tanto llega ese día, no cometa V. indiscreción alguna, como yo no la cometeré tampoco; y una vez separados por mi única y exclusiva voluntad, suceda lo que quiera, debe V. obrar cual si nunca me hubiese conocido y proseguir su camino sin volver atrás los ojos.

—Esta mujer toma amante como los demás criado,—dijo para sus adentros Eduardo. Vamos á ver los tratos.

—Otra,—continuó la joven,—se hubiera casado y ocultado sus amantes á la sombra de su marido, y á los ojos de la sociedad habría puesto en ridículo á un hombre digno, después que éste la hubiera dado la mitad de su vida y confiado su nombre. Yo no engaño á nadie; soy dueña de mi amor como de mi pensamiento. He venido á V. porque le amaba y porque, por osado que V. hubiese sido, no se habría atrevido á venir á mí.

—Perfectamente,—se dijo Eduardo;—héme ahí clasificado entre los perros y los caballos.

—Sólo una persona conoce nuestro secreto; pero ésta será muda como yo, porque me debe cuanto es, no cree y es-

pera sino en mí, y de querer perderme se perdería á sí misma. Ya ve V. que más que un testigo es un auxiliar.

Si el amor espontáneo y arrebatado de la joven era halagador para la vanidad de Eduardo, en cambio la posición en que le colocaba no era muy satisfactoria para su amor propio. Como él mismo se dijera, quedaba al nivel de los animales domésticos; se convertía para su querida en algo poca cosa superior á su camarera, pero inferior á su perro; en un accesorio, un juguete, un pasatiempo, y al igual que él tomara y dejara mujeres para satisfacción de sus caprichos, tomábanle á su vez para apagar el incendio de una pasión.

Sin embargo, por humillante que fuese la situación en que iba á colocarse, la aceptó imaginando que tan pronto se hubiese convertido realmente en amante de aquella mujer, adquiriría suficiente imperio, si no sobre su corazón, á lo menos sobre su espíritu, para pasar de la posición de accesorio á la de utilidad.

Eduardo, al igual que otros muchos, creía que el amor es el único anhelo de

las mujeres y que el que logra apoderarse de este amor se convierte en señor de ellas; y en esto andaba equivocando, principalmente por lo que á Herminia hacía referencia, á quien había exaltado más la imaginación que no desenvuelto el sentimiento una educación excepcional. Herminia se conocía perfectamente á sí misma, y menester es que, en su alabanza, digamos que era franca con su amante. Quería á éste, y hallaba muy natural el confesárselo, así como cerrarle la ventana desde el instante en que su corazón se cerrase también á la pasión que la dominaba. Pero como al par que el amor era para ella grata distracción, la sociedad era fuente de diversiones, no quería sacrificar éstas á aquél. Ahí porqué exigía el silencio más absoluto.

Respecto á Eduardo, no sentía amor por Herminia. A ser esta una joven apacible y encogida, á su lado se hubiera sentido fuerte, y tal vez la habría amado, no fuese sino para contar en su vida un amor novelesco. Si Herminia, que á escondidas hacía menosprecio de las

preocupaciones sociales, las hubiese desafiado abiertamente; si arrostrándolo todo y joven y desconocido como era se le hubiese entregado y escrítole en la frente, por decirlo así, estas palabras: «Este hombre es mi amante», habría enloquecido, ya que en ello su gusto y su vanidad hubieran quedado satisfechos. Pero una unión tenebrosa, acompañada de amenazas de muerte á la menor indiscreción, no era para alentar á un hombre acostumbrado á conquistar corazones sin guarnición y que, como las fortalezas francesas, se rinden al primer ataque, sin que nunca hallen un arma contra los asaltantes, una vez éstos se han convertido en dueños. Así es que no aceptó lo que le ofrecía Herminia sino porque, después de todo, no siempre nos encontramos con una hermosa joven que nos envuelve con la lava de su amor primero, y también porque, á su vez, le quedaba la libertad de romper siempre y cuando quisiese aquel matrimonio nocturno y dar del modo que más le conviniere fin y remate á semejante aventura.

Hay que decir, sin embargo, que tales ideas, que evidentemente debían ir vigorizándose de día en día, al principio y en presencia de la joven no podían asumir sino el carácter de vago instinto en el espíritu de Eduardo. Éste, al escucharla, al cogerla la delicada mano, creyóse capaz de arrostrarlo todo por ella, por la mujer cuyo corazón le pedía con tanta ingenuidad la revelación de una dicha desconocida, cuya alma se le entregaba con toda la admiración y toda la alegría del amor primero.

Herminia, que en un principio razonara tan fríamente sobre su pasión, parecía también transformada; olvidando mundo y porvenir, ardía en el incendio amoroso.

Poco más ó menos las tres de la madrugada serían cuando Eduardo, para volverse á su casa, dió de nuevo comienzo al ejercicio que al salir de ella, aunque ahora todo lo veía poetizado y si tenía apego á la vida era para otra vez exponerla al día siguiente.